Pues sepa *La Epoca* que eso no es verdad. Porque el poema de Camoëns ni se llama *Luisiadas* ni *Las:* se llama en portugués *Os Lusiadas*, y en español *Los Lusiadas*. ¿Se entera usted, *Epoca?* *Los Lusiadas*, como quien dice, los descendientes ó los hijos de Luso (de Luso, Lusitano y Lusitania.) ¿Se entera usted? Eso de *Las Luisiadas* debió usted de aprenderlo en una retórica escrita por un catedrático, que dice así:

«*Las Luisiadas*, llamadas así porque están dedicadas al rey Luis...»

Y ni están dedicadas al rey Luis, ni se llaman así.

¡Oh *Epoca* ingenua, desprevenida, atildada y rencorosilla: cómo chocheas y qué poco sabes!

# SOBRE MOTIVOS DE UNA NOVELA DE GALDÓS

## I

Se titula *Miau*, y es un episodio más de la vida española contemporánea. Ya lo he dicho en otra ocasión, pero conviene repetirlo: no se juzgará con justicia completa ninguna de estas novelas de Pérez Galdós, si se olvida que cada una es parte de un gran conjunto en que ha de quedar retratada nuestra sociedad según es en el día, retratada á lo menos en todo aquello á que alcancen la observación y las fuerzas del autor, que no será poco. Sin entrar en comparaciones, que difícilmente podrían hacerse con toda equidad, respecto al mérito intrínseco de los escritores, hay que ver algo parecido al monumento literario que se llama *Comedia humana*, de Balzac, en esta larga serie de novelas que lleva nuestro insigne español tan adelantada. Zola en Francia y Galdós en España, siguen propósitos análogos al del gran genio realista del siglo XIX, sin que llegue el parecido á imitación ser-

vil; pero Zola, en los *Rougon Macquart*, lucha con dos inconvenientes, por él mismo suscitados, y que no encontramos ni en la obra gigantesca de Balzac, ni en las novelas contemporáneas de Galdós. El autor de *L'Assommoir* se ha propuesto escribir la historia natural y social de una familia, cediendo á un prurito científico, ó por lo menos que de tal tiene pretensiones, que le perjudica en muchas cosas, así en el arte como en la crítica.

Este es el primer obstáculo, pero no el más grave, pues de él le va librando su propia inspiración, haciéndole prescindir del aparato fisiológico que al principio se había propuesto emplear; pero el segundo inconveniente es de más importancia, porque se refiere al límite de tiempo impuesto por el mismo Zola á su obra; al decir historia natural y social de nna familia... bajo el segundo Imperio. El segundo Imperio se aleja de nosotros, va entrando en la niebla de la historia, tan á propósito para cierto arte idealista, pero incompatible con la gran transparencia y exactitud que exige la novela realista, según Zola la entiende; Julio Lemaître ha hecho esta observación que es muy justa; por haberse encerrado en el segundo Imperio, Zola tiene que ser, ó poco preciso, ó poco exacto en sus novelas, en cuanto éstas sean espejo de los tiempos á que se refieren; además, se puede añadir, deja de aplicar, á lo menos con fidelidad completa, los datos de su observación y experiencia actuales en sus creaciones, y es claro que mucho más y mejor verá y pensará el Zola de la edad madura que el de la juventud, más romántica que otra cosa, y falto de medios suficientes para observar y experimentar dónde y como se necesitara.



Balzac, que no se impuso este límite, fué un novelista de completa actualidad, no ya en el resultado, que así también Zola viene á serlo, sino en el propósito. Lo mismo sucede, por fortuna, á Galdós; muchos de sus *Episodios* llegan á la vida más reciente, están entre ayer y hoy, y la observación es fresca, exactísima, fuerte y de fácil comprobación.

Estas mismas condiciones son causa quizá de que algunas veces nuestro novelista, al trasladar á sus cuadros la verdad que le rodea, que acaba de recoger en la calle, la tome entera, sin despojarla de elementos no artísticos, que indudablemente tiene, como nadie ha podido querer negar, aunque por expresar mal lo que se quería decir, más de una vez así se dijera. En *Miau*, como en otros libros de Galdós, de estos últimos años, el principal defecto que, según tengo entendido, el mismo escritor reconoce, es esta falta de selección del asunto y de la *mano de obra* que se nota de cuando en cuando entre verdaderos modelos de arte. He aquí una explicación del fenómeno que yo creo verosímil, aunque tal vez no pase de enfermiza cavilación mía. Galdós es un artista enamorado de la realidad, pero no á la manera de los Goncourt, v. gr., ó de Teófilo Gautier, que en su estudio de *Baudelaire* desprecia el amor de

la Naturaleza que toma por objetos dignos de admiración los gorriones y los chopos de los alrededores de París.

Ya se sabe que los Goncourt veían también las orillas del Sena con verdadero horror; se les antojaban todos aquellos paisajes vulgarísimas acuarelas de una exposición cursi y adocenada... Los Goncourt amaban (1) de la Naturaleza lo que tiene de materia de arte, aquello que en ella sirve para dar *pretexto* á la imitación artística; lo bello, en rigor, no era la realidad, sino la emoción de lo real expresada por un artista. Galdós es un realista de género muy distinto, de género puramente español; hay de él á un Goncourt, lo que hay del misticismo de Santa Teresa al misticismo de un neoplatónico. Por lo cual, Galdós ama y admira en la realidad misma, no esencias quintas, ni motivos para el enrevesado y alambicadísimo *psicologismo* de un naturalista *dilettante* y en el fondo romántico. Aunque sea hasta cierto punto abuso de confianza, para mejor demostrar lo que digo, voy á referirme á palabras del propio Galdós, no escritas para el público, pero sí de todo corazón; y que si bien, según él mismo dice, reflejan un estado de ánimo que será pasajero, mucho indican respecto de lo que aquí importa probar. «... Pues bien; decía no ha mucho Galdós á un amigo suyo, al fin encontré el libro que me cautivó y sedujo por entero, fijando mi atención. ¿Qué creerá usted que era, señor de X? Pues era un tratado de física bastante extenso. Lo estoy leyendo con delicia. Consiste esto también en estados del ánimo transitorios. Pero fuera de esto, debo confesarle que hace algún tiempo lo que me atrae y seduce es la verdad, los fenómenos de la Naturaleza, *y más aún los del orden social* (yo soy, *Clarín*, el que subraya). Más que toda lectura me gusta ahora acercarme á un grupo de amigos, oir lo que dicen, ó hablar con una mujer, ó presenciar una disputa ó meterme en una casa de vecindad, entre el pueblo, ó ver herrar un caballo, oir los pregones de las calles, ó un discurso del diputado R. S. P. ó de X., el yerno de Z.»

(1) Digo amaban, porque me refiero á textos anteriores á la muerte del hermano menor, Julio.



Estos rasgos, y otros por el estilo, escritos muchos en broma, no para que se tomen al pie de la letra, pero sí con gran sinceridad, para que se pueda ver el estado actual del ánimo del autor, comprueban mi opinión acerca de la clase de realismo que Galdós nos da en sus novelas. Enamorado de la realidad por ella misma, porque es verdad, y sobre todo de la verdad de los fenómenos sociales, traslada á sus cuadros literarios la vida entera, como la contempla, sin escoger, con mucha fuerza, con mucha exactitud, como pocos han podido hacerlo, pero poco *artísticamente* en el sentido que el *dilettantismo* de la poesía literaria suele dar á lo artístico.

Casi puede decirse que Galdós es, dentro del realismo, todo lo contrario de Flaubert. Esos fenómenos so-

ciales, los discursos de R. S. P. y de yerno de Z., que encantan á Galdós y que vemos tan bien y tan minuciosamente copiados en sus libros, son la materia *burguesa* que tanto repugnaba al solitario de Croisset y de la que él renegaba, cuando por una especie de fatalidad nerviosa se veía atado, como el siervo á la gleba, á sus Bovarys, Bouvars y Pecuchets. Flaubert, manejando la vida contemporánea, soñaba con su San Antonio, su Amilcar, su Herodías y hasta con su Leónidas nonnato; pero Galdós vive, como el pez en el agua, en medio de sus *Peces*, Cucúrbitas, Villaamiles, etc., etc., así inventados como reales; pues por la mañana habla con ellos en su despacho, con la fantasía, y por la tarde los saluda de veras, trata y estudia en el salón de conferencias, en la calle, en el paseo. Alguna vez soñó Galdós con la hermosa novela *que hay* en San Ignacio de Loyola, por ejemplo, pero nunca pensó en escribirla. Hablaría de San Ignacio... si le hubiera conocido. De esta índole del carácter artístico de nuestro novelista, índole que he de estudiar con más detenimiento dentro de poco (1), hay que acordarse al juzgar estas novelas de la segunda época de Galdós, en la que está lo mejor suyo, lo mejor, con mucho, pero al lado de digresiones y detalles que cansan á ciertos lectores, y que si no sobran, por lo menos no debieran ser prodigados.

El principal defecto de *Miau*, como el principal defecto de *Fortunata y Jacinta*, una de las mejores novelas contemporáneas, consiste en esa especie de delectación morosa con que el autor se detiene á describir y narrar ciertos objetos y acontecimientos que importan poco y no añaden elemento alguno de belleza, ni siquiera de curiosidad á la obra artística. Este prurito de pararse en lo minucioso lleva también á Galdós á repeticiones ó semirepeticiones en que lo que se añade á lo ya dicho es menos de lo que sería motivo para explicar que se volviera á situaciones, parajes y sucesos semejantes. En Galdós nada de esto es inexperiencia, como en otros que él conoce, y yo también; en Galdós es ciega obediencia á la inspiración peculiar, al carácter singularísimo que en este escritor original se manifiesta: el Galdós que se entusiasma con los alrededores de Madrid, que hasta del arroyo Abroñigal ha tenido que decir algo bueno, que se pára á ver herrar un caballo ó á oir un discurso del diputado R. S. P., no podrá comprendernos, aunque otra cosa diga él mismo, cuando le hablamos de reducir la realidad, al trasladarla á sus novelas, y de incidentes y detalles que sobran.

No por tesón escolástico, que en este hombre no cabe, sino por la fuerza plástica de su imaginación, que que le hace ver el mundo real ya transformado, por milagro de la musa, en cuadro artístico, Galdós insiste, aunque sea á su pesar, por impulso irresistible, por instinto, en copiar, poco menos que *íntegra*, la vida que

(1) En un folleto próximo á publicarse, y que formará parte de una galería biográfica, de que será editor el Sr. D. Andrés Ruiz Cobos.

observa. Mas si por este lado será difícil que cambie, y apenas es lícito pedirle enmienda, por otra parte, que se refiere á lo que llamaba yo antes la *mano de obra*, si cabe que el autor de *El Amigo Manso* mejore sus libros, reduciéndolos, por obra y gracia del lenguaje, no por prescindir de esos pormenores y cuasi repeticiones que acaso tienen legítima defensa. Quiero decir que Galdós, como la mayor parte de los autores de novelas que producen con abundancia y con cierta regularidad de trabajo, escribe más de lo necesario á veces, porque escribe de prisa, y cuando se tiene prisa es más fácil escribir mucho que escribir poco para decir lo mismo.

En la novela contemporánea y en el estilo y lenguaje familiar que generalmente se emplea, es muy fácil, si no se está ojo avizor, hablar demasiado, alargar la lectura, no por razón del asunto, sino por la abundancia excesiva de palabras. Es claro que Galdós, como cada cual, escogerá, limará, borrará y reformará; pero es muy probable que no siempre se detenga en estos trabajos todo el tiempo y con toda la atención que debiera. En Balzac y en los mejores novelistas ingleses sobran muchísimas palabras; y este inconveniente, el de la prosa, cuando no se cuida mucho, es para mí uno de los mayores defectos de la literatura moderna predominante, y el que ha de dificultar más la vida futura de tantas y tantas novelas, que al luchar ante la posteridad con el arte de otros siglos y con otros géneros, llevarán esta desventaja.



Una de las causas de esta verbosidad nociva consiste en el método de trabajo hoy generalizado entre los novelistas; despréciase tal vez demasiado la famosa *inspiración* por la cual podían esperar los holgazanes del romanticismo meses y años; y al provocar el ritmo mecánico de la aptitud constante para el arte, aunque se consigue mucho, lo principal, y se logran ventajas indiscutibles, hasta para la moral del artista, también se puede crear cierta facilidad artificial, que produzca en vez de lo mejor, lo mediano, sobre todo por lo que hace al lenguaje.

Es más fácil hacer que vuelva la idea periódicamente al conjuro de la voluntad (pues tiene con ésta más íntima relación, y la idea, además, se está trabajando casi todo el día, y aun en el sueño), que evocar eficazmente la misteriosa habilidad de traducir con expresión gramatical, precisa, las vaporosas creaciones de la fantasía y las vagas nieblas de reflexiones profundas, agudas y de indeterminadas visiones ideales. Cierto es que el autor que trabaja como un jornalero, lucha antes de escribir, y no aprovecha todo lo que escribe; pero ¿quién me negará que el que se ha propuesto como regla de conducta aquello de *nulla dies sine linea*, ó algo parecido, cederá muchas veces á la tentación de no borrar ni rasgar, y á la más poderosa de escribir sin falta algo todos los días y dar por pasadero lo que no debiera dar, y engañarse á sí propio, llegando á creer que su pluma va traduciendo fielmente su idea? En

algunos escritores de menos experiencia y fuerza que Galdós, y aun en Galdós mismo á veces, me atrevería yo á señalar *soldaduras* del trabajo, soldaduras hechas con poco fuego; pasajes que revelan esa languidez del espíritu mal obedecido por la pluma, que va por un lado, mientras el *artista interior* queda allá en los subterráneos del alma, elevando la fantasía al noveno cielo, pero en realidad sin poder, por entonces, dar forma exterior y permanente á su obra.

Estos fenómenos naturales, que por necesidad han de producirse muchas veces tratándose de estos modernos, honradísimos artistas que trabajan sin descanso, me recuerdan lo que un criminalista notable, Tarde, dice con relación á los fallos de los jueces.

En la lucha de dos opiniones, de dos tendencias, ¡cuántas veces decidirá el cansancio, la repugnancia de la perplejidad... hasta la necesidad de hacer otra cosa, de librarse del trabajo de la reflexión! ¿Cuántas veces el juez que ha de dar sentencia se convencerá á sí propio, haciéndose creer que su opinión es tal, y no la contraria? Pues lo mismo le sucede al escritor; vacila entre la perfección á que aspira y la expresión imperfecta que se le viene á los puntos de la pluma...; y muchas veces, por pereza, por cansancio, por necesidades económicas, ó por otro motivo cualquiera, se decide por la expresión mediocre, y la da por buena, para darle el vistobueno. Y el no proceder de esta suerte, puede llevar hasta á la manía, como sucedió al autor de *Salammbô*.



Pues bien: en Galdós, como en cada cual, esta influencia más de una vez habrá producido páginas y más páginas, que pudieran borrarse ó reducirse á menos; páginas que escritas *otro día* hubieran sido de más intensidad artística y en menos número.

Insisto en todo esto, porque el inconveniente á que me refiero va haciéndose grave defecto en la novela moderna, y porque en Galdós es acaso el principal obstáculo para que sean obras maestras, modelos, todos sus libros de esta segunda época, que son, aun con esto, lo más notable que ha producido la literatura española de los últimos lustros.

## II

Y ahora (pues ya va siendo tiempo) me concretaré al más reciente libro del maestro, á ese *Miau* de que por excepción extraña han hablado más los periódicos que de otras novelas de más importancia del mismo autor, *Fortunata y Jacinta*, por ejemplo.

Yo no creo que *Miau* no sea más que un cabo suelto de libros anteriores, opinión que tengo entendido es la del mismo Galdós. El episodio del pobre Villaamil el cesante, el profeta del *income tax*, constituye algo más que relieves de otra novela. Pero, en rigor, ¿quién es aquí Miau? ¿El abuelo, Villaamil, ó el nieto, Luis Cadalso? Ambas figuras merecen ser protagonistas; pero, á mi juicio, *Miau* es toda la familia. El apodo,

como la desgracia, entra en esta casa por las mujeres, y del mote nace un simbolismo cómico y triste á la vez, que podría declararse el más apropiado á gran parte de la nación cesante, á esa ínclita clase media española cuyo ideal es la nómina y cuya realidad es la cesantía, con sus respectivos acompañamientos de pretensiones ridículas, de ambiente social cursi, de apuros positivos, grandes y constantes; de miserias caseras de esas que no solían figurar ni en la literatura clásica ni en la romántica, pero que en España tienen su abolengo en el realismo del *Gran Tacaño*, en los caldos de Cabra y en las trazas de D. Pablo para remediar hambres, coger puntos de media y significar harturas que son ensueños.

Una de las cosas más reales en España es la pobreza; pintarla con toda su corte de apuros, sordidez, bambollas, disimulos, envidia, codicia, esperanzas, caídas y desesperaciones, es tan oportuno, útil y patriótico como describir las glorias de Zaragoza y Gerona y dar ipecacuana al mísero estómago que la necesita.

*Miau* está escrito en gran parte con descuido, no cabe duda, tal vez con cierto cansancio; se ve en la composición de este libro, en la desproporción de sus partes, en la pereza con que se deja correr la pluma, abandonándola á la inercia del movimiento en los capítulos de menos importancia, en los pormenores menos significativos, se ve, digo, en todo esto la influencia de la idea que de su obra tiene el escritor, que la



da como un entremés, sin esperanza de hacer algo notable; no más, tal vez, que por no quedarse con el original inédito. Pero pese al autor y á estos desdenes suyos que dieron descuidos por consecuencia, el asunto de *Miau* es de mucha fuerza, de gran oportunidad; y gracias á esto y á la observación profunda, perspicaz y exacta del novelista, y á su arte de maestro, que le asiste hasta cuando él se cree medio dormido, hay todavía en la última obra de nuestro gran escritor mucho que admirar, y grandes fuerzas de esas que se llaman ahora, y con razón, sugestivas.

Si todo el libro fuera como la hermosa introducción en que se nos presenta *Miau* mínimo, acompañado de su fiel amigo el perro *Canelo* (buena prueba de que Luisito Miau no es tal gato); y como las primeras descripciones de la miseria y de las apariencias cursis del hogar de Villaamil; y como algunos de los capítulos del ministerio de Hacienda; y como la narración de la catástrofe, aparte la prolijidad de alguno de los monólogos *tácitos* de D. Ramón; si todo fuera así (y no es mucho lo que queda), sería *Miau* digno compañero de *El Amigo Manso*, joya de la corona del arte castellano. Lo malo de *Miau* está hacia el medio, en ciertos pasajes que son, si no meras repeticiones, amplificaciones innecesarias; está, sobre todo, en ciertos diálogos prolijos y poco simpáticos de Cadalso, padre, con su cuñada la insignificante. No es un mito, ni mucho menos, ni deja de tener sus similares en este pícaro mundo de la ad-

ministración pública, el yerno de los *Miau*, el empleado sin aprensión y con buena ropa, buena suerte y buena figura, que, sin ser un Cicerón, ni medio, saca de la cháchara familiar tanto partido como suelen ciertos oradores sacar del parlamentarismo.

Cadalso es verosímil, es real, es oportuno coautor en la fábula de que se trata, y hasta sus burlas crueles de gran egoísta, de que es víctima la muy equivocada cuñadita, están en su sitio y revelan sagaz estudio psicológico; pero la conversación de la *pobre chica* con su adorado tormento no merece ya elogios, singularmente por lo que se refiere al seductor; aquel falso romanticismo es demasiado falso, demasiado burdo y llega á causar repugnancia, sobre todo, por la insistencia y por lo poco que importa todo aquello para el libro. Cadalso, sin estos recursos, y un poco mejor y más determinado, no en la tendencia de su carácter y temperamento, que bien se ven, sino en los rasgos individuales (que son siempre indispensables para que los personajes sean propiamente artísticos), hubiera sido una de las figuras más originalmente observadas y representadas en la novela contemporánea española.

El cansancio, tal vez tedio, con que sin duda fué escrito *Miau*, se nota asimismo en los personajes femeninos, que valen mucho menos en esta obra que en casi todas las anteriores. Las Miau, *colectivamente*, son figuras nuevas, significan algo, tienen originalidad y fuerza; pero merecían más atención y *especificación artística*



cada una de ellas; si la *Miau*, hija, algo más que su madre y tía llega á valer, no es, ni con mucho, lo que podría en manos del que inventó á *Fortunata* y á *Isidora* y á *Pepa* y á *Doña Perfecta*. En cuanto á las Miau mayores, lo mejor que tienen son los recuerdos de su grandeza burocrática y provinciana, en que los rasgos cómicos son excelentes, y que nos indican lo que hubiera podido hacer Galdós describiendo la provincia española, como Balzac describió la francesa. Pero Galdós no vivió nunca, desde que es novelista, fuera de Madrid. Pasar los veranos en Santander no basta para conocer la provincia... *novelable*.

Luisito Cadalso y su abuelo están muy por encima de todos sus parientes y amigos. Cuando están juntos, y más aún cuando están juntos y hablan de Dios y del destino... que no viene, llegan á las alturas del gran arte moderno, profundamente cristiano en mi sentir, de fijo seriamente piadoso; á ese arte sublime, por lo humilde de los medios, donde el humorismo y la inocencia se juntan para cantar la nota triste entre risas y lágrimas. ¡Qué bien sabe Galdós hacer hablar á los niños y á los locos! Y al que sepa observar, ¡cuántas cosas pueden decirle, en efecto, los diálogos de los locos con los niños! A mí, oyendo á menudo conversaciones de este género, se me ha ocurrido pensar que sorprendía á la Naturaleza hablando consigo misma y haciendo comentarios sobre la conducta de los hombres. De esto habría que hablar mucho para decir algo que explicara

en parte el pensamiento...; y mucho también habría que decir para alabar como se debe lo mucho bueno de su gran espíritu y de su arte más delicado é íntimo, que ha puesto Galdós en las tristezas, soledades, miserias y visiones de Luis Cadalso, y en las miserias, cadenas domésticas, servidumbre burocrática y desesperada locura del digno abuelo.

Entre otras muchas cosas de que no quiero hablar, porque no *debo ser más largo*, dejo las muy expresivas escenas en que se pinta por dentro el ministerio de Hacienda, con sus *tercios* de empleados, no menos formidables para el mísero contribuyente que los famosos de Flandes para nuestros enemigos. En esta materia, lo más gráfico de todo es la descripción de aquella catarata de personal que baja por las escaleras del gran edificio de la calle de Alcalá en día de paga. Tanto y tanto como han dicho nuestros diputados y periodistas sobre y contra la empleomanía, no valió jamás, por la fuerza de expresión, lo que valen unas cuantas frases de estas páginas en que ve el artista hasta el fondo de la *miseria gris* de ese *pueblo empleado*, de esa *plebe conservadora* que confunde al país con el sueldo, las bases de la sociedad con la nómina.

Hay rasgos y observaciones en este capítulo de los que distinguen al maestro de las medianías, sin que éstas lo echen de ver, por supuesto. Para llevar á este grado el arte de la *expresión íntima* de las cosas, hay que ser más pensador y más impresionable artísticamente de lo que creen que basta algunos honrados sujetos que, conformándose con la medida de sus facultades, se han propuesto como norma de conducta literaria no escribir nada de particular, no hablar de cosa que no esté al alcance de todos.



Por último, tampoco he de detenerme, aunque bien quisiera, á estudiar la relación de los apuros de los Miau con lo que llamarían en el Ateneo el problema religioso. Pero sí diré que en las novelas conviene hacer lo que hace aquí Galdós; tomar como núcleo las personas, los individuos humanos, diré mejor, pero no descuidar por completo ninguno de sus intereses y fines, aunque no sean éstos ó los otros los principales para el asunto. La verdadera ilusión de realidad sólo puede conseguirse teniendo esto presente.

Para mejor explicarme, pondré un ejemplo concerniente á mi objeto: en *Miau* los apuros de estómago son el asunto directo; se trata de que la familia de Villaamil coma ó no coma; la religión nada tiene que ver con esto, y, sin embargo... como por todas partes se va á Roma, como los Miau forman parte de ese pueblo madrileño, de quien dice *La Correspondencia* todos los años, por Semana Santa, que es profundamente católico, los Miau recurren á la Divinidad á su modo, y el misticismo somero, accidental, transnochado y cuasi cursi de la *pobre chica* enamorada de su cuñado, demuestra una vez más que Galdós es un gran observador de la triste y ramplona realidad; y si no pesimista,

que no hay para qué, algo... más meláncólico todavía; un artista desilusionado, sincero y sencillo, y fiel espejo de un mundo triste, como lo es de un cielo pardo y bajo el agua parda de una laguna

Sí; en el fondo de las novelas de Galdós hay acaso más tristeza que en las de esos grandes líricos pesimistas que, sin quererlo ni saberlo acaso, declaman ó hacen declamar á sus personajes y á la Naturaleza misma sus desengaños y desesperación. En las novelas de Galdós no hay el pesimismo épico de Zola, por ejemplo; no cae en ellas la tristeza como lluvia torrencial que, además de anegar, asusta; sino como llovizna, como agua de *calabobos*, según dicen en muchas partes, como *cierza* (palabra asturiana), que llega á los huesos sin ser vista ni oída. ¿Cómo *desilusiona* Galdós? De un modo muy parecido á la experiencia; es decir, de la manera más segura. En realidad, pocas veces es exagerado el desencanto; muchos mortales van á él por una pendiente imperceptible, y en vez de atribuirlo á los sucesos, lo atribuyen á los años, al tiempo inofensivo. El realismo de Galdós es del mismo género: así, v. gr., Miau, abuelo, llega al suicidio... no se sabe cómo, se va aburriendo, aburriendo... y llega á no poder tolerar los olvidos del Ministro y los despilfarros de su mujer. Su mujer ¡qué cadena! parecía nada, y aquel yugo doméstico pesaba más que un mundo de plomo.

¡Qué hermosas páginas (y más lo serían si fuesen menos) aquellas en que Villaamil se declara independiente y da á los pájaros las migajas que á él le niega el presupuesto! Villaamil también tiene sus momentos de religiosidad, si no exaltada, muy prudente y oportuna; esa religiosidad mezclada con los intereses ordinarios, la piedad del pan nuestro de cada día, la más común, la única que puede dar á las diferentes confesiones positivas esos contingentes de millones de fieles... de fidelidad tan somera. En media hora se le va el santo al cielo y se le vuelve á la tierra al mísero cesante. Él, como su hija, son religiosos nada más que en los apuros; de ese modo que tanto le indigna á Strauss, el cual tiene el espíritu menos flexible y el corazón menos blando de lo que conviene á un verdadero filósofo. Filósofo verdadero lo es aquel Dios que se le aparece al Miau mínimo, Luisito Cadalso, aquel Dios que lleva consigo, como un pavero los pavos, un rebaño de ángeles ; un Dios que sabe mucho, pero no lo sabe todo, porque hay cosas que vale más no saberlas.

¡Cuánta poesía nueva, íntima, tierna y graciosa hay en todas estas visiones del pobre Cadalsito!

Basta. Leyendo á *Miau* por encima... de prisa... y mal, en una palabra, se ve que resaltan sus defectos. Leyendo bien, de veras, como debe leer el que pretende entender de arte poético, sobre todo como debe saber leer el que critica... se siguen viendo los defectos, pero también multitud de bellezas que dan á este libro muy señalados rasgos del *aire de familia;* de la que es, hoy por hoy, familia reinante en la novela española.